

ÚLTIMA LLAMADA

por Joaquín Gracia Ruiz

El timbre sonó de forma distinta. La voz había dicho: “Soy Juan”, como tantas otras veces; pero el acento en aquellas palabras había sido mucho más apagado, e incluso tétrico, que en cualquier ocasión anterior. Quizá fuera porque Ana no esperaba una llamada a las dos de la madrugada.

Quizá fuera porque Juan había muerto tres meses antes.

No supo qué responder durante varios instantes. Las palabras desaparecían en su boca. Ni siquiera un triste monosílabo lograba atravesar su barrera dental.

Al fin, sus labios alcanzaron a vocalizar un solitario “sí” fático.

“En el banco, a las diez, como siempre” respondió a su vez la voz, nunca antes tan grave. Después de unos segundos de silencio y el subsiguiente tono monocorde de ruptura de la comunicación, consiguió articular otra palabra: “¿Juan?”

Torpemente, colgó el auricular en el ya anticuado teléfono. Temblaba. Los cabellos de su nuca se erizaron. Sudor frío. Se levantó de la cama. Nerviosa, dio cinco vueltas alrededor de la alfombra de la habitación con los pies desnudos. Suelo frío. ¿Qué había pasado?

Un sueño. Había sido un sueño, seguro. No podía ser de otra forma. Juan y ella habían estado muy unidos, casi tanto como dos hermanos. Hubiera podido decirse que fue ella quien más sintió su muerte. Ni su madre, ni su esposa, ni siquiera su hija. Sólo sus lágrimas mojaron la oscura madera antes de ser cubierta con la tierra negra. Ninguna de ellas lo había conocido realmente.

Algo más tranquila con su propia explicación tan racional, regresó al lecho. Sus ojos se posaron en el teléfono móvil. La pantalla estaba iluminada. Se negó a mirarlo. Sin embargo, sus manos lo cogieron compulsivamente. Las yemas de sus dedos tropezaban en las teclas. “En el banco, 22h, como siempre.” No cabía duda. Eso era real. ¿Le estaba jugando alguien una mala pasada?

Allí estaba y, tontamente, no se lo había dicho a nadie. Eran casi las diez. ¿Por qué siempre habían sido tan puntuales? Sonrió tontamente pensando si los muertos también lo serían.

El ruido de los coches del paseo apenas lograba apagar el monótono tic-tac de su reloj. ¿Cómo podía oírlo?

Sacó el teléfono. Allí estaba el mensaje. No cabía duda. Era de él. ¿Quién tendría ahora su móvil? Sólo estaba ahí para averiguarlo. ¿Quién habría sido capaz de gastarle semejante broma? Aunque, siendo sincera consigo misma, se había arreglado demasiado

para ser una simple broma. Para gustarse. Eso era. Lo había hecho para gustarse.

Miró al semáforo. Por ahí es por donde él solía venir. Hacía tiempo que no regresaba al banco, a su banco. No había vuelto desde su muerte. Recordó cómo arreglaban su pequeño mundo en tardes imprecisas y cómo, después de largas horas, se despedían con sendos besos en las mejillas. Luego, cada uno por su lado, sin mirar atrás. Hubo un tiempo en que hubiera deseado que él la cogiese por los hombros y la retuviera junto a su pecho durante unos instantes pero nunca ocurrió. Ahora era imposible. ¿Por qué nunca se lo dijo?

Pasó un autobús. Ella seguía con la mirada perdida más allá del paso de peatones.

Estaba allí. Él estaba allí. Tardó en darse cuenta pero no había lugar para la duda: su cabello revuelto, su mirada franca y la serenidad de su rostro. Un aura de fortaleza lo rodeaba, como siempre.

Se levantó anonadada. Un paso tras otro, se aproximó hasta situarse enfrente de él. La saludó con la mano. Sonrisa tímida, estúpida como cuando se veían; ahora también, incrédula, temerosa...

Verde.

Él atravesó el paso de cebra hasta ella, como la última vez. También ella esperó paciente a que la alcanzase. Su teléfono móvil sonó indicando la puntualidad de Juan. No, otra vez, no. Intentó moverse: no pudo. Antes de que el monovolumen verde lo atropellase de nuevo, sus ojos se cruzaron con los suyos. Un grito ahogado salió de su garganta. Nadie lo escuchó. El automóvil atravesó la calzada sin oposición pero Juan no estaba allí.

A Ana le temblaron las piernas y las manos. Por unos instantes creyó que él había estado allí, que iba a ocurrir de nuevo y que no iba a poder hacer nada para evitarlo. ¿Por qué tenía que sufrir esto?

Se sentó en el alto taburete de aquel elegante café donde podía estar sola sin llamar la atención. Pidió su habitual té amargo y esperó a que llegara. Para entretenerse, comenzó a ordenar su bolso. La tranquilizaba.

Vio entonces que su móvil tenía un mensaje nuevo. Sin extrañarse demasiado, lo extrajo y procedió a su lectura. Era de Juan. Otra vez. ¿Quién estaba jugando con ella? Pulsó una tecla. “No sufras, no tienes la culpa. Cuídate y sé feliz por mí. Hasta siempre. Juan.”

Lloró. Sólo él podía hablar así. Dirigió su vista hacia el techo. No tenía palabras.

El camarero le preguntó algo. No, gracias.

Sus manos cogieron la taza. Tomó un sorbo.

Hasta siempre, Juan.